



“Sean transformados” ... a un estilo di vida paulino

(P. Antonio F. da Silva, SSP)

El Documento preparatorio afirma que hay «carencia de testimonio y poco enraizamiento en la espiritualidad paulina». Se plantea, pues, la pregunta: “Cómo pueden recuperarse las raíces espirituales de nuestra vida paulina y de nuestro apostolado?”.

Esta constatación y la consiguiente pregunta me han llevado a revisitar las raíces que están en el origen de nuestra espiritualidad en la Iglesia. Me refiero especialmente a los libros del canónigo Francisco Chiesa. Y el primero de ellos es el titulado *Jesucristo Rey*, destinado a prolongar los frutos del Jubileo de 1925, presentando un comentario a la encíclica *Quas primas*, con la que Pío XI cerró aquel Año Santo.¹

En lo concerniente a “recuperar las raíces espirituales de nuestra vida paulina”, encontramos en este libro una eficaz ayuda. Es un pequeño tratado de 56 páginas, en cinco capítulos, que presentan una visión antropológico-espiritual ciertamente cultivada en común por el propio canónigo Chiesa y el P. Alberione: “El reino de Jesucristo en nosotros”, “El reino de Dios en la mente”, “Extensión del reino de Jesucristo en la voluntad”, “El reino de Jesucristo en los corazones” y “El reino de Jesucristo en nuestro cuerpo”.

Con un lenguaje discursivo muy lineal, el canónigo Chiesa profundiza, en una decena de páginas, los varios pasajes del camino para la venida del reino de Jesucristo a nosotros y, al final, los resume así: “Jesús reinará dentro de nosotros cuando todas nuestras facultades se establezcan en el orden debido. Sentidos y miembros, fantasía y corazón sometidos a la voluntad, la voluntad sometida a la razón y ésta sometida a la voluntad o beneplácito de Dios” (pág. 243).

Francisco Chiesa dedica después una decena de páginas tratando del reino de Dios en la mente: “La educación debe empezar desde la instrucción. Nada ha de quererse y juzgarse sin antes conocerlo. *Nil vólutum quin praecógnitum*, dice el proverbio. El reino de Cristo debe, pues, empezar por la mente. Antes de tener una vida cristiana, debe haber una idea cristiana. Sin idea, la vida carecería de fundamento” (pág. 247). Pero la idea o la verdad cristiana halla su fundamento en la enseñanza de Jesucristo, Rey de la mente, “plenitud de la sabiduría y ciencia divina”, que debe ser acogida por la fe y vivida a la luz del Antiguo y del Nuevo Testamento y de la Tradición cristiana: “Es necesario que nuestra fe se mantenga constante, en todas las edades: en la juventud como en la adolescencia; en la virilidad como en la ancianidad; en todos los lugares, con todo género de personas y en medio de cualquier clase de oposición” (pág. 253).

En el capítulo o lectura sucesiva trata de la extensión del Reino de Jesucristo en la voluntad, considerada “la reina de las facultades humanas”, que “es como la ciudad capital, el centro del

¹ F. CHIESA, *Gesù Cristo Re*, Pia Società S. Paolo, Alba, 1926, pp. 326.

Reino. Quien llega aquí, empuña las redes del gobierno. Es el piloto que maneja el timón, el conductor que dirige el volante del automóvil” (pág. 235). El itinerario recorrido en las operaciones de la voluntad lo describe así: “A la acción de la voluntad precede el ejercicio de la inteligencia” con vistas a fijar un fin, que se llama *intención*. Se pasa a la búsqueda de los medios y se entra en el período de la *deliberación*. De los medios considerados, la voluntad escoge uno, y así se llega a la denominada *elección* de la voluntad, para concluir en el *propósito* o *resolución*. Llegada a este punto, la voluntad puede reforzarse ante los propios semejantes mediante la *promesa*, o ante Dios mediante el *voto* (pág. 258).

Los puntos de este itinerario se ponen en relación con la voluntad de Dios para que su Reino se establezca en la voluntad humana: “La voluntad de Dios se manifiesta en tres modos principales: los mandamientos, los ejemplos y los acontecimientos. El primer y el segundo modo se llaman voluntad de *signo*; el tercero voluntad de *beneplácito*” (pág. 259). El sometimiento a la voluntad de Dios debe ser *universal* respecto a los preceptos; *fuerte* en la ejecución y *puro* en la intención.

Reino de Dios, pues, en la mente, en la voluntad, y luego Reino de Jesucristo en los corazones.

Respecto al Reino de Cristo en los corazones, el canónigo Chiesa parte de esta afirmación: “La voluntad es la reina de las facultades humanas, pero desafortunadamente es una reina muy disturbada y molestada en el ejercicio de su autoridad. Pueden disturbarla la ignorancia, los prejuicios, los errores de la inteligencia. [...] Y tiene un enemigo que vale por todos, pues agrupa consigo una infinita multitud de compañeros, logrando muchas veces apearse de su trono a la reina y cambiar a su antojo todo el gobierno del hombre. Este gran peligro viene del corazón” (pág. 266).

Considerado psicológicamente, el corazón es el centro de la *vida afectiva*, en el que pueden distinguirse varios planos o estratos a partir del más profundo, constituido por las *tendencias*; sobre ellas están las *inclinaciones*; y sobre éstas las *pasiones*, que ocupan la parte central y principal del corazón, sobre la cual “fluctúa variada y cambiante la multitud de los *sentimientos* y *afectos*” (págs. 267-268).

Seguidamente se presenta la enseñanza de san Francisco de Sales, en el *Teótimo*, sobre las doce *pasiones*: seis del apetito *concupiscible* (amor y odio, deseo y aversión, tristeza y deleite) y seis del apetito *irascible* (esperanza y desesperación, audacia y temor, ira y complacencia).

Estas doce pasiones “son como doce generales, bajo el mando del generalísimo, que es el amor; y cada uno de ellos tiene a sus órdenes un ejército de capitanes y soldados. Por ejemplo, los siete vicios capitales son otros tantos capitanes del general *Amor*” (pág. 268). Pero sucede que “Cada pasión quiere prevalecer sobre las otras, y cuando lo logra se convierte en *pasión predominante*, empezando entonces a tiranizar no sólo las demás pasiones sino hasta la misma voluntad, y ya no hay exceso en que el hombre no pueda precipitarse” (pág. 269).

¿Cómo establecer en el corazón el Reino de Jesús? El canónigo Chiesa responde: “Por derecho, la voluntad es la reina; pero el corazón es su favorito. Dominando el corazón, se domina al hombre”. Se trata de un “*dominio de estrategia*”: dado que el ejército de las pasiones está bajo el mando del generalísimo que es el amor, “si en un corazón domina el amor divino, podemos decirle sin temor: haz lo que quieras. Estamos seguros de que hará el bien” (pág. 271).

El libro *Jesucristo Rey* pasa luego a considerar la afirmación de la encíclica *Quas primas*, según la cual “Es necesario que Jesucristo reine en el cuerpo y en los miembros que deben servir de instrumentos a la íntima santidad de las almas”.

A partir de la afirmación de que “Todo conocimiento empieza en los sentidos, y que cualquier expresión acaba en el cuerpo y en los miembros”, el canónigo Chiesa llama en causa a dos miem-

bros, las manos y los pies, y luego a los sentidos: los ojos, oídos, lengua, boca, olfato y gusto junto a cuanto rodea al cuerpo y a sus miembros. Porque “el Reino de Dios una vez haber abrazado la mente, el corazón y la voluntad, se extenderá también a las dependencias de la voluntad que son los miembros” (pág. 282), incluso cuando deban sufrir la *flagelación* y la *coronación* de espinas, como Jesús (pág. 285).

Francisco Chiesa puede finalmente concluir todo el itinerario propuesto, afirmando: “Aquí está el verdadero cumplimiento de las famosas palabras: *Vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus* – Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí– (Gál 2,20). ¿Y qué es esto? Es el Reino de Jesucristo, que comenzado en la mente y pasado a la voluntad, entra en el corazón para empezar a irradiarse en el cuerpo y en los miembros. Queda completa la realización del Reino de Jesús en nosotros” (pág. 286).

Hemos celebrado hace poco el Centenario del Pacto o Secreto del Éxito, período durante el que ciertamente ha resonado miles de veces en nuestros corazones y en nuestras oraciones comunitarias el “*Quaero primum regnum Dei e iustitiam ejus*” –busco en primer lugar el Reino de Dios y su justicia–, que constituye la fórmula de la *Letra de cambio*, núcleo original del Pacto y fundamento de la espiritualidad y del apostolado paulino.

Aún nos encontramos en el camino de preparación al Capítulo general que involucra a toda la Congregación en un compromiso sinodal de transformación de la mente o del modo de pensar para afrontar especialmente los cinco retos que nos apremian.

Mientras volvía yo a recorrer el libro *Jesucristo Rey*, motivado por la grave afirmación “*Hay carencia de testimonio y poco enraizamiento en la espiritualidad paulina*”, me acompañó siempre el recuerdo de un texto del P. Alberione, en el que para un camino muy positivo de conversión, señala tres penitencias, para que Jesucristo reine en nosotros, en la mente, en la voluntad, en el corazón, en el cuerpo, llevándonos, con un compromiso sinodal, a “*recuperar las raíces espirituales de nuestra vida paulina y de nuestro apostolado*”. Este es el texto:

“TRES PENITENCIAS

Están incluídas en nuestras Constituciones.

La primera es común para todos los religiosos: la vida comunitaria vivida amorosamente, constantemente, gozosamente.

La segunda es predominante: el desarrollo de la personalidad, progresando siempre más, desarrollando los dones y las actitudes de naturaleza y de gracia. Poniendo cada vez mayor inteligencia en las cosas al servicio de Dios y del apostolado; siendo cada vez más hábiles e industriosos en los oficios; siendo cada vez más fervorosos en las prácticas de piedad y en la observancia religiosa.

La tercera penitencia consiste en aplicar, utilizar, hacer converger todo para la gloria de Dios, para el apostolado, atesorando para el paraíso. ¡Siempre adelante, progreso continuo, siempre preparación a la vida celeste que nos aguarda, probando el santo tormento de quien aspira a lo más alto, de quien está lanzado adelante, de quien busca y usa nuevos medios! Personas que caminan, que cada día armonizan espíritu y acción, que perciben vivir útilmente sus días.

Nuestras penitencias no son para debilitar, para agotar o comprimir la salud, las actitudes, las energías de la mente, del corazón, del cuerpo... Al contrario, son un esfuerzo continuo de acrecentarlas y utilizarlas todas para Dios, las almas, la santificación”.²

² S. ALBERIONE, *Tre penitencias*, San Paolo, abril de 1949, p. 2, c. 2; PRIMER MAESTRO, *Regina degli Apostoli*, abril de 1949, p. 2.